

# Lectura del mensaje: Lectura de Colosenses 1:13-23 con comentarios del versículo 15 Parte 4

| *YHWH es mi salvación - CC BY-NC-SA 4.0*

## Dedicados a la Lectura y la Enseñanza

El apóstol Pablo, en 1 Timoteo 4:13, nos instruye: "Entre tanto que voy, dedícate a la lectura, la exhortación y la enseñanza". Como creyentes que aguardan el pronto regreso de Cristo, debemos tomar este mandato como nuestra base fundamental. Con este propósito en mente, abordamos el estudio detallado de Colosenses 1:13-23, utilizando la Nueva Versión de las Américas, para reflexionar sobre la persona y la obra de Jesucristo. Memorizar pasajes como este nos permite edificar nuestro corazón mientras recorremos sus verdades con detenimiento a lo largo del tiempo.

## Jesucristo: La Claridad del Padre

El versículo 15 de Colosenses 1 declara que Jesús "es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación". A menudo, en nuestra limitación humana, nos cuesta comprender las decisiones y el carácter de Dios mostrados en el Antiguo Testamento. Algunos llegan a la falsa y lamentable conclusión de que el Dios del Antiguo Testamento es cruel, mientras que Jesucristo representa únicamente el amor. Sin embargo, Jesús vino a manifestar la realidad y la absoluta claridad del Padre.

Podemos ilustrar esto con la comunicación moderna: un mensaje de texto escrito puede ser fácilmente malinterpretado por quien lo lee, llevándolo a asumir un tono de enojo que el remitente jamás tuvo. Pero cuando escuchamos el tono de voz de esa persona o vemos su rostro de manera presencial, la verdadera intención amable queda completamente revelada. De igual manera, Jesucristo es la imagen visible que disipa cualquier malinterpretación, mostrándonos el verdadero semblante de Dios Padre de manera directa.

## El Llamado a Reflejar al Hijo

Así como el apóstol Pablo enviaba a Timoteo para que, al ver su conducta y doctrina, las iglesias recordaran las enseñanzas y el ejemplo del propio Pablo, Jesucristo vino a encarnar y manifestar perfectamente la doctrina del Padre. Jesús no actuó ni habló por cuenta propia; Él enseñó exclusivamente lo que oyó y vio hacer a su Padre. El Padre estableció desde el principio el mandamiento de amarnos los unos a los otros, y Jesús demostró la medida exacta y real de ese mandato amándonos con un amor de cruz.

Este principio establece nuestro propósito fundamental en la vida. Más allá de buscar un ministerio específico o anhelar un título eclesiástico, Romanos 8:29 nos enseña que hemos sido predestinados para ser hechos conforme a la imagen de Su Hijo. Todo creyente está llamado a ser un reflejo celestial de Cristo, abandonando la imagen terrenal y corruptible del primer Adán que pecó. Esto obviamente no implica alteraciones físicas, sino manifestar la sabiduría celestial y el fruto del Espíritu, tales como la paz, la bondad, la justicia y la misericordia.

## Integridad entre Testimonio y Predicación

Mostrar la imagen de Cristo requiere que andemos como Él anduvo, producto de una comunión genuina e íntima que trasciende el simple conocimiento intelectual. Quienes pasaban tiempo con Jesús adoptaban Su forma de hablar, Su compasión y Su unidad, como sucedió con el apóstol Pedro y otros discípulos, quienes fueron reconocidos de inmediato por su lenguaje y actitud a pesar de no contar con estudios doctrinales formales.

Para dar un buen testimonio evangélico, la forma de vida y la predicación deben ser integrales y complementarias. Un predicador sin buen testimonio carece de credibilidad y fuerza, mientras que alguien que pretende testificar solo con su vida silenciosa, sin hablar ni compartir el mensaje, impide que otros escuchen el Evangelio para salvación.

## Puestos los Ojos en Jesús

En Hebreos 12:1-2, la Escritura nos exhorta a correr nuestra carrera con paciencia, despojándonos primero de todo peso y del pecado, manteniendo "puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe". Los grandes personajes del Antiguo Testamento, como Moisés o David, fueron figuras, profetas y sombras que nos apuntaban hacia la grandeza del Mesías, pero nuestra meta final no es ser meramente como ellos, sino ser

como Jesús. Toda la Escritura, incluyendo el Antiguo Testamento, nos sirve como catapulta para descubrir y contemplar a Cristo.

Si perdemos este enfoque y dejamos de contemplar a Cristo, correremos el grave riesgo de idolatrar figuras humanas corruptibles o de reflejar la naturaleza de pecado de este mundo. Por ello, es imperativo acercarnos a Dios mediante la lectura constante de Su Palabra, que nos da entendimiento, y a través de una vida ferviente de oración. Al buscar la luz divina en oración, el Espíritu Santo reprende amorosamente en nosotros todo lo que no pertenece al Hijo, moldeándonos y transformándonos de gloria en gloria a Su misma imagen.